

haciendo una investigación escrupulosa, no es difícil sorprenderlos en alguno de sus antepasados.

No sólo el aspecto general, la conformación especial de los órganos y sus distintos trastornos, ofrecen esa transmisibilidad, sino también esos fenómenos psíquicos, cuyo origen es aun un misterio para la fisiología.

No cabe la menor duda, que una de las fuentes á que el médico debe recurrir cuando se trata del estudio de las facultades intelectuales de una persona, deben ser los antecedentes hereditarios; pues en muchos casos, ellos serán la única luz que lo ilumine y guie en sus investigaciones.

“La herencia, dice Perts, tiene una intervención importante en lo que se refiere á las afecciones del sistema nervioso y especialmente en la epilepsia y *las enfermedades mentales*; su influjo se extiende sin embargo, de una manera especial, si prescindiendo de una acepción determinada, se consideran de una manera general las afecciones del sistema nervioso, de cualquier forma que sean, que hayan acontecido en la familia que se trata de examinar.”

La enagenación mental, dice Bouehut, goza del mismo fatal privilegio que la epilepsia, con respecto á la trasmisión por herencia, y refiere: que en nueve mil treientos sesenta y seis casos de enagenación mental, encontró mil treientos nueve, en los cuales la enfermedad había sido heredada.

Uhle y Wagner, despues de extensas consideraciones sobre la influencia de la herencia, dicen: que la herencia no sólo existe para las afecciones constitucionales, tales como la tuberculosis, la sífilis, etc., sino también para *las enfermedades mentales*.

Grisolle, hablando de la etiología de las afecciones mentales, dice: “la herencia es una de las causas predisponentes más poderosas de la locura, esto se ha notado sobre una tercera parte de las mujeres admitidas en la Salpêtrière. . . . “Que la trasmisión parece hacerse tanto mejor, cuanto que la enfermedad proviene á la vez del padre y de la madre.” Que en el

estudio de la herencia, es necesario no sólo investigar *si los ascendientes han sido locos*, sino si han padecido otras enfermedades nerviosas; así se encuentran con frecuencia, en los parientes cercanos del enagenado, hipocondriacos, epilépticos, sujetos nevropáticos, histéricos; como si las nevrosis se transformaran las unas en las otras, pasando por generaciones sucesivas. ¡Cuántas veces se vé en los ascendientes inmediatos de los locos, individuos que se han hecho notar por la violencia ó *la excentricidad de carácter*, por una gran originalidad, ó personas que sin causa ó por una causa fútil han terminado su vida por el suicidio!

El respetable médico-legista Ambrosio Tardieu, dice en su tratado de locura, hablando del exámen de los hechos y circunstancias propios para ilustrar la comprobación del estado mental: “La trasmisión hereditaria de la locura no es dudosa, y hasta entre las personas extrañas á la ciencia, puede decirse que, no hay carácter de enagenación mental más probado ni más universalmente aceptado; de tal manera que, cuando después de una investigación minuciosa, llega el perito á encontrar en la familia del sujeto á quien está encargado de examinar, *varios enagenados*, es este uno de los mejores argumentos que puede llevar á la justicia.”

La herencia desempeña, evidentemente, un gran papel en la producción de la locura, y la acción de esta causa parece sometida á ciertas leyes regulares, perfectamente establecidas por Esquirol, Baillarger. En fin, para qué cansar más la atención recurriendo á tantas citas, con sólo las cuales podrían llenarse muchos pliegos; basta decir que al abrir cualquier obra que trate de enagenación mental, se tropieza en sus primeras páginas, con los capítulos que tratan de la importancia de la herencia en esa clase de enfermedades.

Nos hemos detenido en asentar, aunque ligeramente, estas nociones, para que sean conocidas á grandes rasgos por aquellos individuos ajenos á la medicina; pues recordamos que durante nuestras investigaciones, hubo algunas personas, que ignorando completamente los requisitos indispensables en el

reconocimiento de un loco, les llamó la atención, hasta el grado de tratar de rodearnos de una atmósfera de ridículo, el habernos visto recoger con toda escrupulosidad todos los antecedentes de familia, escapándoseles aún estas frases: "que los médicos trataban de averiguar la naturaleza del germen que había engendrado á Rode, esto es; si era alemán ó inglés, para así declarar su estado mental."

Tales simplezas, por no decir necedades, dictadas por la más supina ignorancia ó bien por el espíritu de mortificarnos, no nos preocuparon en lo más mínimo, pues que ya estamos acostumbrados á ver, no solo esto, sino aún, que personas que careciendo de los conocimientos más elementales en alguna ciencia, vengan muchas veces, con toda la suficiencia y solemnidad del maestro, después de un exámen rápido y atendiendo á consideraciones hasta cierto punto risibles, á pretender nulificar las resoluciones que en un problema delicado han llegado á darse después de grandes trabajos, profundas meditaciones y penoso estudio, por aquellos que, si jamás han tenido la pretensión de considerarse como notabilidades en la ciencia que cultivan, por lo menos han procurado conocer sus principios, consagrando á su estudio la mayor parte de su vida.

Deberíamos á continuación estudiar los antecedentes patológicos del procesado; pero á fin de no presentar síntomas aislados y de apreciar mejor su personalidad, reasumiremos brevemente los acontecimientos más culminantes de su vida.

Nacido en el suelo mexicano, y en una de las Haciendas de San Luis Potosí, llamada "El Jaral," se desarrolló en el seno de su familia, recibiendo de ella los primeros conocimientos en las letras, y los elementos de la moral y de la religión católica apostólica romana. Su sistema físico, lo mismo que sus facultades mentales, se desenvolvieron con el vigor y la lozanía de la juventud y de la vida en el campo.

En el transcurso de este tiempo, ningún accidente notable se registra en esa época de su vida, y solo puede apreciarse

en la actualidad, unas veces el vacío que deja la pérdida del recuerdo de los hechos pasados; otras la exaltación de un recuerdo hasta la lucidez; debilidad y exaltación de la memoria, que se marcan en diversos acontecimientos, y sobre los que tendremos la oportunidad de llamar la atención en el curso de este dictámen.

Después de diez á once años, próximamente, pasó á la capital de San Luis Potosí, á educarse en el Colegio que tenía el señor su Padre; allí permaneció dos ó tres años, adquiriendo sólo el conocimiento de las primeras bases de la enseñanza elemental. De los hechos que padieron haberle ocurrido durante ese tiempo, hay el mismo olvido que en los años anteriores, y no es sino muy posteriormente, cuando él recuerda, que en su familia se contaba que había padecido de una fiebre cerebral, asistido por el Doctor Torices, quien le mandó aplicar sanguijuelas en el ano. Este hecho, como los anteriores recuerdos, verdaderamente tradicionales, son tan vagos y confusos que á nada real y científico pueden conducir. Pasó esa época, y Rode vino á la Capital de la República; contando de quince á diez y seis años de edad, y entró al Colegio que estaba á cargo de uno de sus tíos llamado Rafael, en donde completó los conocimientos de la instrucción primaria y cursó el francés. Hasta aquí hemos visto desarrollarse al niño; pero de esta época en adelante, vá á aparecer el hombre con nuevas necesidades, con las pasiones de la pubertad, y los sentimientos que despierta el aparato sexual. Tuvo sus primeros amores, relaciones esencialmente platónicas, que no han dejado otra consecuencia que ligeras reminiscencias que se confunden como las de la niñez; tuvo también sus primeras relaciones sexuales, relaciones clandestinas, sin accidentes de infección, sin consecuencias de familia y sin que en los transportes amorosos se encuentren hechos que revelen los desenfrenos de la lascivia. Tampoco se encuentran huellas de mas-

turbación, ni las que producen el desarrollo de otros vicios como la embriaguez; por el contrario, estos años escolares están llenos de hechos que revelan el estímulo en el estudio, la aspiración á los primeros lugares y la conquista de premios que recompensaran los esfuerzos de sus trabajos de estudiante. De este plantel de educación pasó al de Minería, en donde permaneció hasta la edad de diez y ocho años, saliendo de este establecimiento, para pasar al que dirigía el señor su Padre en calidad de ayudante, y con el cargo de dar algunas clases particulares. El método reglamentario seguido en el Colegio era severo, y su vida, por ese tiempo, fué la de un hijo de familia, vigilado constantemente por sus padres y por esto obligado á llevar una vida modelo. Los amigos, los teatros y en general las distracciones, fuera de los días y horas de descanso, le estaban vedadas. Bajo este pié de orden llegó á la edad de veinte á veintiún años, y su vida no había sido más que la continuación de las épocas anteriores. Aquellos primeros amores á que hemos hecho referencia, fueron sustituidos por los que le inspirara la joven que más tarde fué su primera esposa; pero aquél amor fué envenenado con la calumnia y contrariado por sus padres, que se opusieron á su enlace; siendo estas contrariedades las primeras amarguras de su vida que alterarían su tranquilidad habitual.

Por este tiempo, ocurrió la muerte de la Señora su mamá, nuevo sacudimiento moral, que produjo en su naturaleza tales trasportes de dolor, que en sus acciones siguientes podría traslucirse algo de trastorno mental. A estos momentos de verdadera exaltación, siguió la vida monótona y severa del Colegio, con la depresión de su parte sensible; acabando los consejos paternos, por adormecer, si no por borrar, las impresiones de aquel su primer amor real y positivo. Transcurrió un año y la entrada de un nuevo profesor á dicho establecimiento, suscitó algunas rivalidades, que hicieron incompa-

tible el cumplimiento estricto del método establecido. Gran parte de estos acontecimientos influyeron en la separación de Rode, y determinaron su viaje á la ciudad de Guadalajara. Allí, fundó una sociedad que le permitió establecer un Colegio cuya dirección estaba á su cargo. Durante tres años lo sostuvo con trabajo activo, procurando por sus conocimientos y una vida ejemplar, aumentar el crédito de su establecimiento. En ese tiempo, ocurrió el caso siguiente: uno de sus mozos, antiguo sirviente de la casa, entró en relaciones amorosas con una criada de la misma servidumbre; los actos á que estos amores dieron lugar, eran de tal manera inconvenientes para un plantel de esa naturaleza, que Rode, su director, tuvo la necesidad de despedirlo; ocasionándose por esto, un disgusto que lo dejó preocupado, dominando en su preocupación la mirada de odio de dicho sirviente, que él interpretó por intención de un crimen.

Transcurrieron varios días, y en una de esas noches, que se ocupaba en leer las entregas de una obra que por entonces se publicaba, vió por la hendidura de la puerta una luz y oyó al mismo tiempo que trataban de abrirla; al observar esto, creyó firmemente, que el criado á quien había despedido venía á asesinarlo; entonces tomó violentamente un cuchillo que tenía en la mesa y que le servía para cortar las hojas de las entregas y se preparó para la lucha. En ese momento se abrió la puerta y penetró á la habitación, no el mencionado mozo, sino el Señor Arroyo de Anda dependiente del Colegio, quien lo encontró ya en actitud belicosa en medio de la pieza. A los pocos días, una tarde, tuvo la noticia de la quiebra del Señor Beltrán y Puga, que era una de las principales personas que sostenían el Colegio; y la impresión que esto le produjo, fué considerable, pues no sabía como sacar el gasto diario de los cuarenta y tantos pupilos; sin embargo, su excitación se calmó algo, porque los síndicos del concurso de acreedores empezaron á cubrir esos gastos; pero este sosiego fué de poca duración, pues á los tres días recibió de ellos una orden termi-

nante para cerrar el Colegio; este segundo golpe fué para él muy profundo, llevándole á un estado de excitación exajerada, al grado de producirle insomnios completos.

Transcurrieron algunos días más, y pudo establecer, en compañía de otro amigo, otro Colegio, aunque en menor escala que el anterior; pero éste no duró sino un mes, pues que su estado general seguía lo mismo, acentuándose por la idea que constantemente tenía de estar envenenado. Teniendo noticia su Papá del estado que guardaba, mandó inmediatamente por él; pero en el tránsito de Guadalajara á esta capital, y como á los tres días de camino, perdió completamente la cabeza, no recordando absolutamente nada de lo que sucedió posteriormente; pero que entre las personas que venían en la diligencia, estaba el Doctor Izaguirre, entonces estudiante, quien puede atestiguar todo esto, pues por él supo después todo lo que le había pasado, lo mismo que la persona que en ese tiempo estaba de administrador de diligencias en la Ciudad de León, en donde, á causa de su trastorno mental, dispusieron que permaneciera algunos días.

Después mandaron traerlo de su casa, no recuerda absolutamente nada del camino de León á México, ni aun siquiera á alguna de las personas que venían en la diligencia; y sólo tiene en la memoria, que al llegar á la estación de esta capital, lo esperaba su padre, como era natural; inmediatamente fue llamado un médico, el Doctor Luis Martínez del Villar, quien se hizo cargo de su curación.

A los tres meses de tratamiento, se encontró ya bien, y volvió á las labores de su trabajo, en el Colegio que tenía su Papá. Pasaron seis meses, en esa vida, cuando á consecuencia de haberse enfermado de tifo una tía política á quien apreciaba mucho, volvió á trastornarse, teniendo la preocupación constante, de que estaba loco; con tal motivo, ocurrió á los Doctores Peon Contreras, Bandera y Fenelón, quienes lo asistieron separadamente; y que este estado se disipó, al reanudar sus relaciones con la que fué su primera esposa.

Durante el primer año de su matrimonio, se entregó al

misticismo de una manera exagerada, concurriendo con mucha frecuencia á las Iglesias y dedicando varias horas del día á la oración; que en el resto del tiempo en que vivió su primera esposa, no tuvo nada notable. Que habiendo enviudado; se enamoró de una mujer que trabajaba en el teatro, á la cual acompañó hasta la Habana, en donde permaneció tres meses; y que á consecuencia de la fiebre amarilla que se había desarrollado con gran intensidad, se separó de ese lugar y se fué á Europa.

Nada de lo que nos refiere respecto de sus hechos en el extranjero, puede relacionarse á una alteración mental; pero por una persona extraña, hemos sabido que el Señor Enrique Rode, quiso ser en Madrid el paladín de los mexicanos y un Quijote en cuestiones de patriotismo. Cuéntase por ejemplo, que un día se presentó al Ministro de México en España, pálido, desencajado y en vez de tenderle la mano, le dijo estas palabras: "No le doy á usted la mano Señor Ministro, porque la tengo manchada." No le llamó esto su atención porque ya le conocía; pero tres días después, con la cara radiante de felicidad, sustituyó el saludo ordinario, por esta frase correlativa de la anterior: "Ahora sí, Señor Ministro, puede usted darme la mano porque no la tengo manchada." Acababa de dar una paliza á un individuo, vengando á una mexicana pobre, que había sido ultrajada.

En otra vez, se tramitó un duelo entre el Señor Rode y un escritor de allende el Atlántico, por artículos cambiados en la prensa, impugnando y defendiendo á México; y por último, cuando la cuestión de las Carolinas, pidió ser inscrito y enviado como el primer soldado, en el caso, entonces no remoto, de que las armas decidieran aquella cuestión internacional. Podríamos citar algunos otros hechos; pero es de tal manera extenso el estudio que hemos emprendido, que en bien de la cortedad hacemos algunas supresiones.

Tres años después, volvió á México, y estableció un colegio, en el cual y á poco tiempo conoció á la Señorita Amelia Zornoza, de la que se enamoró perdidamente, hasta el extremo

de hacerla su esposa. No obstante ser este el período de su vida el más borrascoso y el más fecundo en acontecimientos, es decir, el que debía ocupar la parte más larga en esta descripción histórica, vamos á suprimirla, porque consta en el proceso muy detalladamente, porque muy detalladamente también figura en dos voluminosos cuadernos y una carta dirigida al Señor Ricardo Rode, hermano del acusado, cuadernos y carta que nos ha servido para juzgar de sus escritos que debemos al mismo Rode y que no agregamos á este dictamen por prohibición expresa de su autor; conste sin embargo, como hemos dicho, que este estudio está basado en los datos del proceso y en esa historia.

Réstanos solamente hacer una consideración, antes de entrar de lleno en la discusión médico-legal; es la siguiente: Careciendo nosotros de medios para la severa investigación y comprobación de los hechos á que nos referimos, hacemos esta salvedad: si la historia es verdadera y si los hechos relacionados lo son, nuestra conclusión, consecuencia lógica y científica, entre otras, de la una y de los otros, son terminantes; en nuestro concepto, no puede someterse á discusión, si por el contrario las premisas son falsas, las conclusiones lo son también, y cesa por lo mismo nuestra responsabilidad científica. Hecha esta observación entremos en materia.

DISCUSION MEDICO-LEGAL.

Hecha esta breve exposición, precisemos algunos hechos que concretan la historia de Rode.

I.

En primer lugar, figuran sus antecedentes hereditarios, suministrados por el inculpado y que pueden tenerse por incompletos, por no haber sido comprobados.

II.

Excusado nos parece manifestar, lo lamentable que es la

falta de precisión en estos datos, porque no es posible desconocer la importancia real que ejerce la influencia hereditaria en el estudio de la enagenación mental.

III.

Los otros datos que resultan del proceso, de las declaraciones testimoniales, de las alegaciones del acusado, del examen de sus escritos, del juicio de sus compañeros de prisión; y por último del acusado mismo, resulta lo siguiente:—En la página ciento veintinueve, Juan C. Maya declara: “que Rode tiene un carácter extremoso, sus resoluciones son llevadas por la primera impresión, sin detenerse á reflexionar; aunque este carácter se modificaba en él por su educación y principios religiosos.”

En la página ochenta y dos, vuelta, la señora Carlota Nájera de Villanueva, declara: “que Rode, al quejarse con ella de los sufrimientos de su matrimonio, lloraba por este motivo como una mujer; siendo su genio bueno, aunque fuerte.”

En la página cincuenta y seis, Augusto Marquet declara: “que la conducta de Rode fué buena, y su carácter unas veces era afable, y otras veces arrebatado, hasta el grado de que en las cátedras, y delante de los alumnos, por alguna contrariedad con ellos y no pudiendo pegarles, por estar prohibido, se pegaba á sí mismo.”

En la página ciento sesenta y ocho, la señorita Carlota Figueroa, declara: “que en una ocasión que Rode hizo llorar á su esposa, porque intentara arrojarle por el balcón, luego le pidió perdón llorando, etc.”

Hay en el proceso, otros hechos que comprenden un largo período de la vida del acusado, casi desde su vuelta de Guadalajara hasta la fecha, que no carecen de importancia y que delinean un poco más clara la figura moral de Rode.

En la historia clínica de Rode, hay un período de su vida, que comprende desde su niñez hasta la pubertad: veintidós años, próximamente en que ocurre la muerte de uno de sus padres y su viaje á Guadalajara, sin que hasta esa fecha haya

un rasgo que determine su temperamento y su carácter. Ninguna huella ha dejado de su paso; este período casi pasa desapercibido en el proceso: no obstante, la señora María Palomino Arévalo, declara en la foja ciento sesenta y cinco: "que conoce á Rode hace catorce años, y que jamás ha sabido ni visto que padeciera de ninguna enfermedad." En esta afirmación se comprende, desde cuando el procesado contaba veintitres años, es decir, en una época muy posterior al período de la vida en que lo estudiamos.

Quedan, aún, tres hechos que citar: uno que da el procesado en su biografía, tan obscuro y tan vago, como todos los recuerdos de su niñez; y que desde luego manifestaremos, que careciendo de detalles, no le damos ningún valor; tal es la fiebre cerebral que le curara en Guadalajara el doctor Torices.

Los otros tienen, en nuestro concepto, valor real. El doctor Juan Francisco Fenelón, declara: "que cuando Rode era niño, lo asistió de una enfermedad nervioso-convulsiva, que no quedó diagnosticada si sería eclamsia ó epilepsia."

El doctor José María Bandera, declara: "que á Ricardo Rode, lo mismo que á Enrique, los conoce desde niños; que han sido ambos de un carácter raro y exótico parecido al del Padre, siendo más marcado en este último, es decir, en Enrique."

Sin otras fuentes donde averiguar la verdad de su pasado, nos abstenemos prudentemente de emitir una opinión, y sólo señalamos estos hechos, admitiendo, como probables, las noticias que Rode da de su juventud y en donde se ve al hijo de familia, sujeto á la educación moral y religiosa de sus padres; sujeto al reglamento de un colegio, y en donde pasan tranquilos entre sus compañeros y coprofesores, los primeros años de su vida.

Las constancias procesales que se relacionan á la vida del hombre y donde se las compara con un pasado honroso, lo afirman también. En la foja ciento veintiseis, vuelta, Emilio Baz, haciendo referencia á la vida anterior de Rode, declara: "que primero lo vió que se portó perfectamente bien, pues era

trabajador y ayudaba mucho á su Padre; pero después puso en Guadalajara un establecimiento de instrucción que fracasó, y al volver á México, su conducta fué distinta, se portaba mal, principalmente en materia pecuniaria..... hasta el grado de empeñar muchos objetos pertenecientes á la esposa del Sr. Grosso, hermana del acusado.

Pasemos ahora á una segunda época, más fecunda en acontecimientos, y por lo tanto, más digna de estudio. Rode aparece en ella como nos lo ha presentado el Sr. Baz en su declaración, muy inclinado á la mentira; él refiere hechos que están en grande contradicción con la verdad, se hace mentiroso; las otras constancias del proceso lo confirman.

En la foja catorce, el cobrador de la casa declara: "pero como en la misma conversación se contradecía repetidas veces, el exponente creía por esto que eran mentiras."

En la foja setenta y una, la señora Javiera Romero declara: "dígame francamente como aquella mentira del Ministro." El Sr. Zornoza declara en la foja ciento cincuenta y siete, "que su careante tiene la costumbre de mentir, etc." ¿Mas á qué seguir acumulando citas cuando semejante defecto consta al juzgado y de ello puede convencerse toda persona que lo interrogue? Por otra parte, se ve á Rode vivir en sociedad como ageno á toda idea de decoro y dignidad, olvido que no se comprende, cuando se le ve figurar primero, como educando, y después como profesor, cultivando todas las nacientes facultades de sus discípulos, para hacerlas adquirir las perfecciones de que son susceptibles; pues bien, este hombre, cuya misión ha sido inculcar la dignidad y santidad del trabajo, que ha debido asimilar y difundir las sanas doctrinas de la moral y que ha sabido imbuir las ideas del honor y difundir la luz en las masas, se le ve hoy soportar los dictérios más enérgicos y permanecer casi indiferente aun al ultraje más infamante.

En la foja setenta y dos se lee: "es vd. un ingrato, miserable..... el tipo más soez y repugnante de la más vil degradación humana etc."